

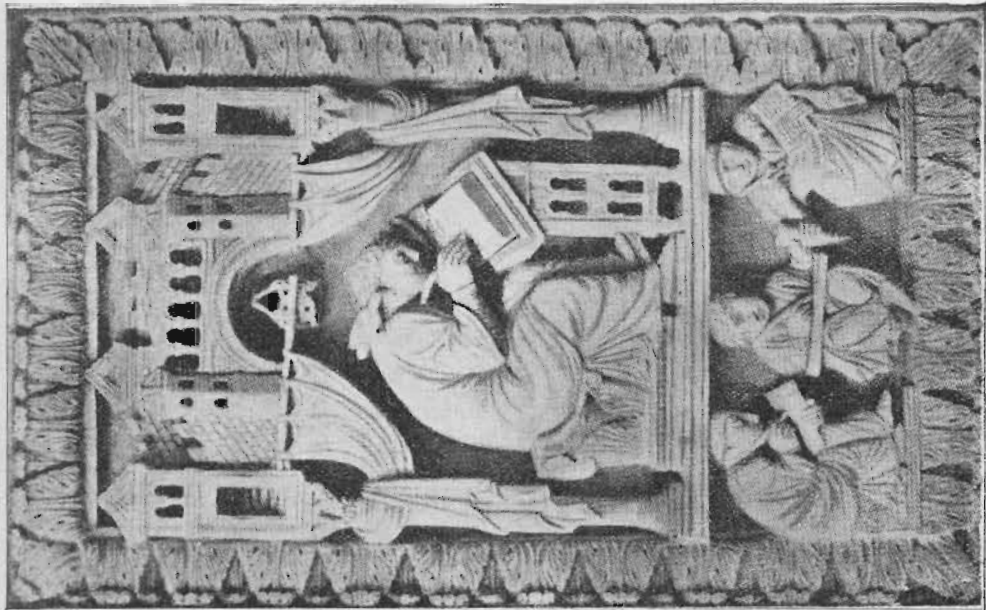
PAISAJE HISTORICO Y VALORACION
LITERARIA DE LOS "T. LIVI AB
URBE CONDITA LIBRI"

POR

BENEDICTO NIETO

Catedrático de Lengua Latina en el Instituto masculino de Enseñanza Media de Oviedo

EL
LIBRO



"PAISAJE HISTORICO Y VALORACION LITERARIA DE LOS" T. LIVII AB URBE CONDITA LIBRI"

- 1.º INTRODUCCION.—Laudes de la Ciudad Eterna. Dos mil años después.
- 2.º AMBIENTE HISTORICO.—*In terra jax.*
- 3.º UN PADUANO EN ROMA.—Tito Livio. El hombre.
- 4.º LA OBRA DE LIVIO.

}	De la Filosofía a la Historia.
	Los « <i>Ab Urbe condita libri</i> ».

}	Nombre. Publicación. División.
	Acción destructora del tiempo.

}	Códices.
	Compendios.

}	Tradicón
	<i>Periochat.</i>
- 5.º VALORACION HISTORICA DE LA OBRA DE LIVIO.

}	Fuentes.
	Procedimiento de trabajo.

}	Hermandad espiritual con la Eneida.
	Defectos y cualidades de Livio.

}	Inexactitud.
	Falseamiento del tono.

}	Parcialidad de juicio.
---	------------------------
- 6.º VALORACION ETICA Y ESTETICA DE LA OBRA DE LIVIO.

}	La obra de Livio escuela de grandeza de alma.
	Livio escritor clásico.

}	Elocuencia y poesía.
	Lírica y épica de una Historia.

CONCLUSION.

LAUDES DE LA CIUDAD ETERNA.-DOS MIL AÑOS DESPUES

Con el regusto de la lectura de las cosas clásicas, hojeaba ávidamente las aureas páginas de las Bucólicas virgilianas. Allí, en derroche de ingenio, Melibeo y Títiro jugaban con sus versos, mientras el poeta delicadamente daba las gracias al divino Augusto, por haberle devuelto sus tierras sujetas a confiscación. Y allí vieron mis ojos el mayor y más bello elogio que en la lengua del Lacio se dirigió a la madre Roma: «*Verum haec extulit caput inter alias urbes tantum quantum inter viburna cupressi.*» Pero esta ciudad de tal manera pujó su cabeza sobre las otras ciudades, cuanto suelen levantarla los cipreses en medio de los endeble viburnos.

Extulit caput.—Y a fe que motivos tiene para levantar la cabeza y sentir la embriaguez dulce de la gloria. Un día es el desfile glorioso de los triunfos bélicos; los ¡lo Triumphe! resuenan clamorosos por las vías romanas, camino del Capitolio; Cartago muerde el polvo de las derrotas de Escipión; el Oriente misterioso atado humildemente al carro del vencedor; Germania domeñada y sujeta por las férreas cadenas romanas; y Yugurta, el rey orgulloso y fiero de Numidia barrerá con la fimbria de su manto de púrpura las vías de la Urbe en la hora del triunfo.

Un día es la dulce alegría de la patria pacificada. Y el sentir el cadencioso sonar de los exámetros virgilianos, manto severo de la leyenda sugestiva del piadoso Eneas, y de la grata labor de la vida

campestre y del ritmo suave de las tonadas pastoriles. Y el gozar de la tersura cristalina de las polimétricas Odas horacianas. Y el deleitarse con el sentimental lirismo de Catulo. Y el recrearse con la precisión y justeza de la cincelada prosa de César y Salustio. Y el halagar el oído con la música delicada de los períodos cicero-nianos.

Un día es el surgir, como por arte de encantamiento, de los edificios de la Urbe, orgullo de la antigüedad. Y asombran por su severidad y majestuosa grandeza los templos augusteos y los maravillosos anfiteatros; y los abiertos ojos del Coliseum miran llenos de altivez a los siglos venideros.

Y un día es el contemplar extasiados la belleza serena de las estatuas clásicas. Y Júpiter y Afrodita y todas las divinidades mitológicas muestran en los pórticos y templos y palacios el simbolismo de las primitivas leyendas.

Y Augusto sonríe desde los historiados relieves del Ara Pacis dando gracias a los dioses protectores del Imperio.

Extulit caput.—Levanta su cabeza.—

Las Parcas, hilanderas de las horas, tejieron en su rueca de marfil la trama de los días de la Historia; y hoy como ayer Roma *Extulit caput*. Puede levantar orgullosa su cabeza. Porque allí nacieron a la vida del arte las gigantescas concepciones de Bramante, y surgió del mármol el Penseroso de Miguel Angel; y se vistieron de dulzura e ingenuidad las Vírgenes de Giotto y Simone Martini; y tocó de espiritualidad angélica sus figuras Fra Filippo Lippi. Porque allí, el arte de Donatello y de Verrochio plasmó sus alardes escultóricos; e inundaron con sus sonrisas las dulcísimas Madonas de Rafael, y abrió los ojos a la luz de la vida Mona Lisa Gioconda. Porque allí nacieron los atrevidos escorzos y concepciones grandiosas de la Divina Comedia, e iluminó el campo de la poesía la ternura de las Rimas del Cantor de Laura.

Motivos tiene para levantar la cabeza. Porque Dios, en su eterna presciencia, la vistió de arte para que desde escabel tan preciado irradiaran los resplandores de la fé, las verdades eternas de la

doctrina de Cristo. Porque es el centro de la espiritualidad. Porque allí está el Pastor bueno, en la cumbre rocosa de la Ciudad eterna, oteando con la visión clara de su posición angular, solidificada más aún por la asistencia del Divino Espíritu, los campos dilatados de su herencia, y dirigiendo con su paternal cayado la grey encomendada a su guarda cuidadosa.—*Extulit caput.*—

Y precisamente ahora cuando se conmemora el bimilenario del nacimiento de Tito Livio, cuando el mundo entero se viste de gala y las Universidades y Centros de alta cultura sacan de sus arcos el atuendo de los días de fiesta para elevar cantos de triunfo en honor de la madre Roma, envolviéndola en el manto de la gloria y tejiendo guirnaldas de laurel para ceñir la frente de su más destacado historiador, se ve la ciudad de Rómulo, como muñeco de guiñol, en el trágico tablado donde se representa la real danza de la muerte.

Alas negras de corazones negros, revoloteando siniestramente en torno al museo de la antigüedad, osan lanzar su acción demolidora sobre las viejas piedras, alma de siglos de gloria. Y qué paradoja, señores: *la ciencia haciendo tabla rasa de las más bellas concepciones del arte.* Y cual gigantes vencidos se encorvan sobre su armazón de piedra los templos gloriosos de la antigüedad. Y se ennegrecen con las llamas devoradoras las hojas amarillentas de los viejos códices elevando hacia el cielo gritos luminosos de protesta y pidiendo al Señor los rayos fulminantes de su ira. Y se ensombrecen y tiemblan de espanto en la paz de sus hornacinas las blancas estatuas, orgullo del arte clásico. Y las obras maestras del arte pictórico van consumiéndose lentamente acariciadas con suavidad por los resplandores del fuego destructor.



También nosotros, en estos días de luto, destrucción y ruina de las ciudades del Lacio, envueltos en el manto del dolor y del recuerdo, podemos decir, parodiando al poeta castellano:

Estos Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
fueron en otro tiempo Italia, la famosa.

Y desde el sacro collado del Capitolio, testigo fiel de las glorias de la Urbe, podremos, con llanto en el alma, señalar al peregrino del ideal, que en alas del espíritu recorra a nuestra vera los desolados campos de Italia, las ruinas gloriosas de un ayer triunfal.

Allí se elevaron en días de sol para Roma los marmóreas estatuas de sus emperadores, y de sus cónsules y de sus generales victoriosos.

Allí llenaban de asombro los relieves de los arcos de Tito y de Trajano.

Allí lucía la majestuosidad de sus líneas clásicas el templo de Júpiter Stator.

Allí hacían sentir escalofríos de emoción la Pietá de Miguel Angel y los lienzos de Rafael y los inspirados cuadros de Leonardo.

Allí cautivaban el espíritu la magnificencia de los teatros, foros y circos; y las historiadas fontanas lanzaban cara al cielo los hilos de plata de sus surtidores entre endriagos tritones y ninfas.

Pero no olvidemos que, cuando llena de angustia en el poema virgiliano Venus Afrodita se quejaba al Padre de los dioses y de los hombres: *Quem das finem, rex magne, laborum?*, Júpiter soberano, sonriente con el rostro que serena cielo y tempestades, de esta manera pacificaba su espíritu abatido; *Parce metu, Cytberaea, manent in-mota fata tuorum-His ego nec metas nec tempora pono-Imperium sine fine dedi*. No tengas miedo, Citerea; el hado de los tuyos queda incommovible. No pongo a los romanos ni límite ni tiempo. En mi omnímodo poder les he dado un imperio sin fin.

Y Roma, como en los días de grandeza y poderío, resurgirá de sus propias cenizas; podrá sentir nuevamente la dulce embriaguez de la gloria; y tendido, *fronde super viridi*, cabe la sombra de la copuda haya, podrá Tí tiro repetir en sonoros exámetros el más bello elogio que en la lengua del Lacio se dirigió a la madre Roma:

*Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes
quantum lenta solent inter viburna cupressi.*



Os doy gracias, Rector magnífico, por haberme deparado ocasión de entonar unos laudes a la grandeza de Roma eterna, mi mejor homenaje al conmemorar esta gloriosa Universidad el bimilenario de Tito Livio, cantor de la Urbe en la magna labor de sus Historias, en estos momentos en que la pasión hace cegar los ojos del alma, y alas fatídicas revoloteando destructoras sobre el cielo de Italia amenazan con asolar el museo de la civilización clásica.

Y conmovido como católico por el atentado a la espiritualidad de la Ciudad de San Pedro, con fe ciega en los eternos designios, profundamente inclinado cabe el solio pontificio, me uno fervorosamente al dolor del Vicario de Cristo, elevando hacia el Cielo una oración que sepa a la par de súplica y de protesta.



Tomé entre mis manos un propósito lleno de ambición: estudiar la figura del gran historiador romano, Tito Livio. Puse en él gran cariño y penetré por la amplísima selva de la obra emprendida. Bien pronto comprendí que necesariamente, y por razones de brevedad, habían de quedar fuera temas interesantes que iban surgiendo ante la lectura de la obra histórica: España y los españoles en la obra del escritor paduano. Proyección en la literatura hispana—Ediciones—Senado—Colonia y Municipio—Patavinidad de Livio—Morfología y Sintaxis de su lengua—*La devotio* y la *fides hispana*, temas estos últimos tan del cariño de mi querido maestro Ramos Loscertales. Labor interesante que ha tenido en su mayor parte que quedar en el embrionario estado de fichas, y que podría proporcionar trabajo de seminario a los estudiosos alumnos ovetenses en el próximo curso.

Prescindiré en la exposición, por no molestaros, de enunciar la localización de las citas.

Están plenamente comprobadas valiéndome para las de los «Ab Urbe condita libri», Periochae, Fragmentos de Oxyrhinco y Liber prodigiorum de Julio Obsequens de la edición crítica teubneriana. Para los restantes autores citados hice uso de la colección de las Universidades de Francia, Guillaume Bude.

Teniendo en cuenta la aridez del tema y mi atrevimiento de poner en él mi empeño, os pido y cuento de antemano con vuestra proverbial benevolencia..

AMBIENTE HISTORICO: *In terra pax*

Eran los Idus de marzo del 44 antes del nacimiento del Salvador. Y en la Curia de Marte, Cayo Casio Longino y Décimo Bruto Albino pudieron contemplar la sangrienta realidad de sus criminales planes. César expiraba envuelto en el manto de su propia sangre cabe la estatua altiva de su odiado Pompeyo. Así lo habían decretado los hados.

Con el asesinato del Caudillo de Roma acababa el Senado de realizar su último acto de locura. No se tratará ya de las volubles turbas de electores, que en su inconsciencia, consagrada más tarde por las sabias lecciones de la Historia, servirán de escabel donde se han de encumbrar ambiciones y osadías.

Son los veteranos de la Galia, de Oriente y de Africa, quienes, poniendo en juego su máquina bélica, dictarán las normas que han de guiar por los turbulentos mares la nave zozobranante del Estado. Las revueltas urbanas se tornarán en guerras de ejércitos. Y bien pronto Octaviano y Marco Antonio visten estérilmente de tonos bermejos los rientes campos de Módena, inútil sangría de la patria que ha de terminar con la constitución del segundo triunvirato en la efímera compañía del lugarteniente Lépido.

Y comienza el luctuoso cortejo de proscripciones y repartos. Siempre lo mismo. La sangre y el hambre, compañeras inseparables de las turbaciones políticas.

Y el Centurión Arenio, como si fuera un imperativo categórico de la Patria, siega vilmente en Formia la cabeza del príncipe de la Oratoria romana. Y Virgilio, desposeído de sus amados campos de Mantua exclamará con el alma dolorida:

*Nos patriae fines, nos dulcia linquimus arva.
Impius haec tan culta novalia miles habebit?
Barbarus has segetes? En quo discordia civis
produxit miseros...*

Ya tendido en el cesped de la verde gruta no podrá contemplar más el ható, feliz en otro tiempo, de sus amadas cabritas colgando del risco cubierto de maleza. Y Horacio tendrá que lamentar la privación de su *agellus macer*, pequeña heredad del liberto de Venusia. Y Propercio y Tibulo contemplarán con sana envidia en manos de los impios soldados las tierras queridas, cuna y regazo, alimento y fuente de inspiración.

Nuevos días y nuevos teatros de lucha. Y ahora será Grecia, donde Octavio y Marco Antonio batirán en derrota los ejércitos de los asesinos de Bruto y Casio, quedando aureolado el nombre de la pequeña ciudad de Filippos con el timbre de gloria de haber recibido en ella el golpe de muerte la turbulenta República romana.

Muere la República. Es verdad. Pero aun hay mucho camino que recorrer hasta llegar a la meta de la paz interior. Y Horacio, el poeta enamorado de la Urbe, en estrofas llenas de rítmicas cadencias, de esta suerte se lamentará de las inquietudes, ruinas e infortunios de las odiosas guerras civiles:

*Altera jam teritur bellis civilibus aetas
suis et ipsa Roma viribus ruit.*

Una edad más en fraticidas luchas se está consumiendo, y bajo sus propios esfuerzos se rinde la misma nación romana, a quien ni sus vecinos los marsos pudieron destruir, ni la etrusca multitud de Porsena amenazante, ni la fuerza rival de Capua...

*Impia perdemus devoti sanguinis aetas
ferisque rursus occupabitur solum...*

Y a fe que razón tenía el vate venusino para culpar de los desastres de la patria a la generación maldita, envuelta entonces en las guerras civiles entre los dos triunfadores de Filippus, sangrientas luchas que verán su codiciado fin al derrotar Octaviano a Marco Antonio en tierras de Perusia y pactar la efímera paz de Brindis.

Y más razón aun, cuando presintiendo que la nave del Estado ha de ser llevada de nuevo, con la ruptura de la paz brundusiana, en alas de la borrasca desoladora por el proceloso mar, y temblando su alma al ver que las antenas crujen estrepitosamente, y se agitan sin cesar, hechos jirones los lienzos de las asendereadas velas, de esta manera la apostrofa con aire de caricia y de consejo:

*O navis, referent in mare te novi
fluctus. O quid agis? Fortiter occupa
portum...*

*Tu, nisi ventis
debes ludibrium, cave...*

*Interfusa nitentis
vites aequora Cycladas.*

Evita los mares que rodean las resplandecientes Cycladas, si no quieres ser juguete de los vientos destructores de la Patria.

Y de bandazo en bandazo, soslayando escollos y profundamente quebrantado el maltratado mástil, el joven Octaviano irá, día tras día, aconsejado por el fidelísimo Mecenas, evitando los mares que rodean las Cycladas del Imperio, hasta que en el año 36, abatido en Sicilia Sexto Pompeyo, y anulado política y militarmente el triunviro Lépido, tuvo la dicha el futuro Augusto de poderse presentar como *Unico Príncipe pacificador y árbitro de Occidente*.

Pero era preciso volver los ojos al Oriente lejano.

Una mujer, voluptuosa princesa, remontaba el curso del Cidno en gallardo navío de popa de oro, remos de plata y velas de púrpura. Era la reina del Egipto. Sus esclavas, vestidas de Gracias y Nereidas, manejaban el gobernalle y las jarcias. Liras y flautas daban cadencia al juego de remos. Y Marco Antonio, el inconstante

triunviro romano, envuelto en las redes de la voluptuosidad, y embriagado por el aroma de los señuelos de Cleopatra, volvía traidoramente las espaldas a su Octavia y a su Roma. Hasta que el 2 de septiembre del año 31, la batalla naval de Accio, unió, por fin, bajo en triunfante pabellón de Augusto el *Occidente* y el *Oriente*.

Dueño y señor del Occidente y del Oriente. Era su sueño dorado. Ya se vislumbra la aurora de la paz. Y la lira patriótica de Horacio, impresionada por la trascendental victoria no pudo menos de exclamar en inspiradas estrofas alcaicas:

*Nunc est bibendum, nunc pede libero
pulsanda tellus...*

Ahora hay que beber; ahora hay que batir la tierra con pie libre; ahora es tiempo, compañeros, de cubrir con manjares saliares el altar de los dioses. Antes fué sacrílego sacar el vino de Cécubo de las bodegas ancestrales, mientras una reina delirante aparejaba ruinas para el Capitolio y estragos para el Imperio.

Dueño y señor del Occidente y del Oriente. Ya se vislumbra la aurora de la paz. Muy pronto ha cerrado sus puertas el templo de Jano, de belicoso simbolismo; y al mismo tiempo que se consagra solemnemente el templo de Apolo Palatino asumirá Octavio Augusto los poderes imperiales.

También será Horacio quien nos transmita, envueltos en el ligero manto de la estrofa sáfica, el júbilo desbordante y el anhelo general de la *gens romana*:

Hic ames dici pater atque princeps...

Augusto, Príncipe y Padre del pueblo romano.

Era el año 27 antes de la venida del Salvador. Y como si el Señor, en su eterna presciencia, hubiera querido preparar al mundo para el nacimiento de su Divino Hijo, envió solícito el Ángel blanco de la paz, que batiendo raudo sus vistosas alas, descendió desde los regios alcázares y fijó su morada en las dilatadas regiones del Imperio romano. *Ha nacido la paz augustea.*

Ya estaba en marcha la grandeza de Roma. Se han puesto las premisas: *Unidad y paz*.—Lección profunda de Filosofía de la Historia, que cayó no pocas veces en el arca del olvido, y que brindó fervorosamente a no pocos amadores de locas novedades, que en su inconsciencia cerraron los ojos a las enseñanzas del pasado. *Unidad*, que es coadunación de pensamientos, sentimientos y esfuerzos al servicio de nobles ideales. *Unidad*, que es continuidad y sucesión ordenada. *Unidad*, que es tranquilidad fecunda y sosiego bienhechor...

Atrás quedaron los partidos políticos con su inseparable cortejo de turbulencias, banderías y proscripciones...

Atrás quedaron la sangre inocente de las guerras civiles y de las luchas exteriores.

Atrás quedó todo un pasado de crímenes y asesinatos.

La paz bendita, que es sentir plácidamente la sana alegría del vivir. *El dulce regalo de la paz*, que es amor, es caridad, es sosiego... *El dulce regalo de la paz* que es luz, es armonía, es ritmo, es bienestar... Don entre los dones de Dios, tanto menos apreciada cuanto más la disfrutamos...



Y el carro de la grandeza de Roma avanza raudo por el campo de la Historia. Recuerdo haber leído en Suetonio (Augusto 98) que pasando casualmente Augusto por la bahía de Pozzuoli, los pasajeros y marineros de una nave alejandrina, vestidos de blanco y coronados de flores, se presentaron ante él con ofertas de incienso, gritando: «Por tí vivimos, por tí navegamos, por tí gozamos de nuestra libertad y de nuestras fortunas»... Símbolo representativo de la satisfacción de un pueblo que se siente feliz al ver surgir, al mágico conjuro de la paz augustea toda esa gama de elementos que en su conjunto conformarán la maravillosa grandeza de la nación.

Y la Literatura—he de ceñirme necesariamente a este campo—sintió la caricia halagadora del ambiente. *Este sentido de paz* está ex-

tensamente difundido en la Literatura de este tiempo a la que imprime un peculiar aspecto de equilibrio y de serenidad y armonía que no se encuentra en las obras de la edad precedente. La producción literaria de la época de César tenía algo de disonante y áspero, lógica secuela de las turbaciones e inquietudes del medio en que nace. Lucrecio, Catulo y Salustio carecen del tono armónico de Virgilio, Horacio y Tito Livio.

Y es precisamente este ambiente de paz quien marca a la Literatura augustea *la noble función colaboracionista* de acompañar en cierto modo la formación del Principado, apoyando el nuevo orden de cosas, contribuyendo a la resurrección del espíritu imperialista, prestando su ayuda, con la exaltación mítica y heroica de la Patria a la difusión del «*imperium populi romani*», como misión señalada por el destino.

Así también, como los felices marineros de Pozzuoli: Por tí,—podrá decir Virgilio con los ojos puestos en la grandeza de Roma—puedo yo cantar las excelencias de la vida campestre en mis ciudades Geórgicas, e incorporar a la Literatura patria el género idílico de mis Bucólicas y verá la luz de la vida del arte el poema mítico heroico de mi Eneida...

Por tí, divino Augusto,—podrá decir Horacio—elevé el monumento —*aere peremnius*—más duradero que el bronce de mis polimétricas Odas; y encubrí con el manto armonioso de los metros yámicos la poesía satírica del griego Arquíloco, y desvestí del punzante tono de Lucilio los sermones morales de mis Sátiras y Epístolas.

Por tí—dirán Albio Tibulo y Propercio y Ovidio—, hemos podido dejar correr de la fuente desbordada del alma los chorros de plata de nuestras expansiones líricas y vestimos de encaje de verso los ensueños y quimeras de Cintia, Delia y Némesis...

Por tí—podrá decir Tito Livio—pude emprender sobre mis hombros la honrosa tarea de narrar las grandezas del pueblo romano en la ingente labor de mis historias.

La Literatura al servicio del Imperio y el Imperio protector cuidadoso del dorado campo de las Letras...

Dulce regalo de la paz. Armonía, bienestar, sosiego. Tierra fecunda donde crecen pujantes las frondas de las Artes, Letras y Ciencias... Fertilísimo campo donde extendió sus ramas el vigoroso árbol de la obra de Tito Livio, acariciada paternalmente por el sol protector de Octavio Augusto.

UN PADUANO EN ROMA. TITO LIVIO. EL HOMBRE

He procurado escrupulosamente recoger en la paciente lectura de la extensa obra de Livio y en los testimonios fehacientes de los escritores de la antigüedad clásica los datos referentes a la vida del gran historiador romano. Y he de confesar sinceramente que, con sus lagunas y parquedad, no llenan a placer las ansias del menos exigente investigador.

San Jerónimo fija claramente la patria de nuestro autor en su *Ad Eusebium Cron.* «*Messala Corvinus orator nascitur et T. Livius Patavinus scriptor historicus*». Nace pues en Padua, ciudad que caminaba en alas de la fama, ya por haber tenido como Roma un mítico fundador troyano—Antenor—cuyo recuerdo aparece súbitamente al principio de la obra de Livio (1-1-3), ya por sus renombrados caballeros, ya por su gran amor a la antigua y provinciana pureza de costumbres, destacada laudablemente por Plinio en la Epístola 14 del libro I (1-14-3) y por Marcial en el epígrama 16 de su undécimo libro (XI-16-8).

Y es el 59 antes de Jesucristo, año del consulado de César y Bíbulo, la fecha de su nacimiento, testimonio concordante con las noticias que nos proporcionan el paduano Asconio Pediano, Sidonio Apolinar y Símaco.

Marcial, en el epígrama 61 del libro I (1-61-3) por comodidad del verso lo llama «gloria de la tierra del Abano»—*Censetur Aponi Livio suo tellus*—dice; y Estacio, recordando un pasaje de la Eneida

virgiliana con más vaga paráfrasis nos lo presenta en la Silva IV (IV-7-55) hijo del Timavo.

Pasa en el silencio del anónimo los días de su niñez y primera juventud; y, una vez vestida la toga viril, seguirá la soñada ruta de Roma, Meca de la cultura y de la política. Como Virgilio, como Ovidio, como Horacio. Allí vivirá sin mezclarse en los negocios públicos, pero seguirá, sin duda los estudios comenzados en Padua. Y muy pronto su claro talento le proporcionará un puesto de honor entre los espíritus cultivados que merecieron la amistad de Augusto. Y con Mecenas Agripa y Vario será admitido al íntimo círculo del Princeps.

El mismo hace mención de las enseñanzas que recibe de boca de Octavio: *Por mi parte—dice en el capítulo 20 del libro IV he oído de los mismos labios de Augusto, fundador o restaurador de todos nuestros templos, que cuando entró en el de Júpiter Feretriano, reedificado porque se derrumbaba de vejez, leyó él mismo esta inscripción—*. (Se trataba de la palabra «cónsul» en la coraza de Cornelio Cosso). Prueba evidente de amistad y familiaridad.

Amistad y familiaridad que confirma Tácito al recordar anecdóticamente cómo el Imperator le llamaba amablemente «Pompeyano», sin que afectara en nada al enfriamiento de sus relaciones cordiales la independencia con que habló en sus Historias de Escipión, de Afranio, de Bruto y de Casio.

Amistad y familiaridad que confirma Suetonio al poner de relieve, en el capítulo 41 de la biografía del César Claudio, la exhortación de Tito Livio al joven Príncipe para que se dedicara a trabajos de carácter histórico.

Amistad y familiaridad, que no tendrá su origen, como pretendió Sabélico, erudito del Renacimiento, en relaciones de supuesta clientela establecida con la familia de los Livio, sino simplemente en la protección decidida de Augusto a los hombres de letras como eficaces colaboradores de la grandeza de Roma.

Lo cierto es, que fuera o no caballero romano—*equestri ordini adscriptus*—como afirma la biografía que acompaña a un manuscrito

to de Oxford, recibió constantes y espléndidos beneficios del generoso Príncipe.

Y sin embargo ¡cuán distanciados estaban políticamente!. Como Virgilio, como Horacio y como tantos otros templó su ánimo al fuego de la antigua república, en las ansias y en los dolores de las odiosas guerras civiles. Gran amigo de Cicerón y de Pompeyo, mantuvo toda la vida los sentimientos republicanos, y se mostró poco dispuesto a exaltar la gloria de César, hasta el punto de poner en tela de juicio si el gran Caudillo romano fué más útil que nocivo a los destinos del Imperio—*Utrum illum nasci magis reipublicae profuerit an non nasci in incerto esse* (referencia de Séneca: Quaest. Nat. v 18)—. Y fué tal su apego ideológico a una república aristocrática que no duda en afirmar la natural irreconciliación de la ordenación monárquica con un estado libre: *Naturai nimica inter se esse liberam civitatem et regem* (XLIV-24-2). Sentimientos que le permitieron, es verdad, revivir con intensa simpatía la historia antigua de la Roma de los Fabios, de los Furios y de los Camilos; pero que no le impidieron comprender meridianamente y apreciar con precisión la necesaria evolución de los tiempos. Sin renunciar a la independencia de su propio pensamiento entró de lleno y sinceramente en familiaridad con el Príncipe y contribuyó de manera eficaz a la resurrección del espíritu imperialista y patriótica exaltación del pueblo romano.

En su entrega total a la difusión del «*Imperium populi romani*» muy poco nos hablará de él y de los suyos. Vagas noticias de su hijo y de su hija. Será Séneca en sus *Controversias* (Controv-X Praef 2) quien nos hará saber el nombre de su yerno—Lucius Magius—. Será Quintiliano, quien en sus *Institutiones oratoriae* (X-I-39) nos hablará de una carta de Livio dirigida a su hijo, paterna recomendación en la que le aconseja que, para llegar a ser orador, estudie con ahinco las obras de Demóstenes y Cicerón, cultivando los otros oradores a medida que se acerquen a los dos príncipes de la oratoria; y quien alabará la claridad y abundancia de su estilo—*clarissimus candor-lactea ubertas*—. Y será Plinio quien

hará llegar hasta nosotros el eco de la fama de nuestro paduano, hasta el punto que desde Gades—extremo de mundo—corrió a Roma un español con el exclusivo fin de ver a Tito Livio, y una vez satisfecho su deseo, volvió a su ciudad sin detenerse en la contemplación de los monumentos de la gloriosa Urbe.

Muere en su ciudad natal el año 17 de nuestra era; y es San Jerónimo quien nos transmite la noticia en una concisa frase—: *Patavi moritur*—. Fecha no contestemente admitida, es cierto, pero más de acuerdo con la tradición de la antigüedad clásica. Y a la tumba del gran historiador romano debe referirse con toda probabilidad la inscripción encontrada en Padua y cuidadosamente recogida en el C. I—*Latinarum*—(C. I. L.-V-2.975):

T. Livius C. f. sibi et suis T. Livio T. f. Prisco f. T. Livio T. f. Longo f. Cassiae Sex. f. Primae uxori.

LA OBRA DE TITO LIVIO.—De la Filosofía a la Historia

Allá va Livio, en alas de su vocación literaria, recorriendo anhelante el largo camino que ha de conducir a la formación de su magna obra histórica. Pero antes de llegar a la ocupación fundamental de su vida, lo veremos dedicado en los primeros momentos del cultivo de las letras, a la composición de pequeños tratados, que ahora revestirán el carácter de estudios retóricos, ensayos filosóficos y cuidados diálogos; desviaciones del genio, preludios formativos, «*quos non magis philosophiae adnumerare possis quam historiis*» de contenido intermedio—al decir de Séneca—(Epist. 100, 9) entre la Filosofía y la Historia, tratados filosófico-morales ilustrados con hechos históricos a semejantes a los logorísticos de Varrón.

Hermanos en el contenido y en el tiempo serán algunos libros de problemas filosóficos, ensayos que pasaron a la categoría de recuerdo transmitido por Séneca (Ep. 100-9) y por los que el retórico cordobés colocaba a Livio en tercer lugar, alternando con Cicerón y Asinio Polión, entre los «elocuentísimos romanos que cultivaron también el campo de la Filosofía.»

Balbucesos indecisos de juventud, que bien pronto darán paso franco a la obra ingente que llenará los días de su prolongada existencia.

Y así nos encontramos ante el monumento cumbre de la Historiografía latina: los «*Ab urbe condita libri*».



LOS «AD URBE CONDITA LIBRI».—Nombre, publicación y división de la obra.—La destructora acción de los siglos.

Y sin embargo, como apasionaron los pequeños problemas a los eruditos del Renacimiento. No reviste para los modernos gran trascendencia el hecho de que al nacer y en las horas de su paulatino crecimiento revistiera la obra de Livio uno u otro nombre. Pero no lo interpretaban así los humanistas cultivados, ansiosos inquisidores de códices y palimpsestos. Y así, recuerdo haber tenido la satisfacción de leer en un viejo infolio de tipografía francforiana y muy próximo a la noble categoría de incunable, una larga disquisición de Carlos Sigonio, sobre el título de la obra de nuestro autor, y exquisitos razonamientos para explicar la fundamental diferencia entre Anales e Historias.

Lo cierto es que Livio, en el capítulo 13 del libro XLIII, nos habla por única vez de sus *Anales*. «*In meos Annales referam*», y que más frecuentemente hace uso de la genérica terminología de *Libros*.

Y es lo cierto también, que no obstante pretender en sus escolios el erudito renacentista que debe intitularse: «*Titi Livii Patavini Historiarum ab Urbe condita Libri CXLII*», el título comunmente empleado por los códices más antiguos es el de «*Titi Livi ab urbe condita libri*».



Muy madrugador fué el escritor paduano en iniciar su avara labor. No había amanecido el año 25 antes de Jesucristo, y cuando

aun contaba la escasa edad de treinta años, ponía nuestro autor manos a la obra vastísima de narrar las gestas del pueblo romano desde la legendaria venida de Eneas al Lacio, hasta la muerte de Druso, el 9 a. de J. C., último hecho que mencionan las *Periochae*.

Ingente labor la de Livio. Y sin embargo, en series sucesivas de libros, correspondientes a determinados reagrupamientos históricos, iba viendo la luz de la vida su asombrosa producción. El mismo, en la narración que antecede al relato de la guerra macedónica, capítulo I del libro XXXI, hace referencia a las «*partes singulae tanti operis*», partes, esto es, de una única y amplísima obra.

Y si solamente ponemos los ojos en la primera serie, podríamos pensar en una subdivisión a partir del sexto libro, ya que los cinco primeros se cierran con un acontecimiento capital: la toma de Roma por los galos; y el sexto comienza por una razonada introducción. No sería tampoco aventurado afirmar que todas las series tenían su correspondiente prolegómeno, y ostentarían tal vez un título especial: *Guerras samníticas, guerras púnicas, guerras civiles...*

Ahora bien, fué labor de Tito Livio la distribución y publicación de su Historia en *Décadas*? Osado sería hacer una afirmación categórica. Para llegar a la constatación satisfactoria, sería de desear la conservación de la obra en toda su integridad. Y si buceamos nuevamente en las hojas amarillentas de los escolios de Sigonio, daremos bien pronto con el testimonio de calidad de Francisco Petrarca, el insigne humanista cantor de Laura, que nos dará como autor de la actual distribución, no al mismo escritor paduano, sino a la fastidiosa ignorancia de los amantes de la lectura «*Liber ingens—dice—quem in partes quas Décadas vocant, non ipse qui scripsit, sed fastidiosa legentium scidit ignavia*. Ignorancia fastidiosa, que madrugó en adueñarse de la narración titoliviana y que ha de remontarse por lo menos al siglo IV, pues no debe perderse de vista que nos sale al camino, como primera cita confirmatoria de la tradicional división en *Décadas* la *Epístola ad Andromachum* del Papa Gelasio, quien al final del siglo V nos recuerda el origen de las Lupercales, expuesto por Livio en la segunda *Década*: «*Lupercalia propter quid instituta*

sunt Livius secunda Década loquitur. Partición que debía ser corriente en los copistas y que en alas de la tradición llegó hasta los días que vivimos.



La literatura latina tiene que lamentar amargamente la pérdida de la mayor parte de la producción histórica de Livio. Arsenal inagotable de materiales selectos, fuente caudalosa donde saciar constantemente las ansias de trabajo, la investigación tiene que asociarse al dolor sensible de la literatura.

¿Debemos buscar la causa de la pérdida en la inmensa mole de la obra? ¿Podemos pensar en una desarticulación de las diversas series según el interés que despertaran en los eruditos lectores? ¿Será suficiente explicación el testimonio que Suetonio aporta en el capítulo 34 de Calígula al consignar la enemistad y hostilidad del emperador contra Livio y Virgilio, cuyos retratos y escritos se proponía apartar de las Bibliotecas públicas—*alterum ut nullius ingenii minimaque doctrinae, alterum ut verbosum in historia negligentemque?*

No me parecen razones que pongan en calma un espíritu medianamente exigente.

Tal vez los días que corremos nos aporten no pocos rayos de luz; y la acción destructora del fuego y demás elementos de devastación nos hagan lamentar en lo sucesivo en los campos de lucha la falta de no pocas obras de inmensa valoración estética.

Lo cierto es que *de los 142 libros* que integraban el extenso acopio de toda una vida consagrada al trabajo histórico, sólo *el exiguo número de 35* ha llegado a nuestras manos, pertenecientes a la primera, tercera, cuarta y quinta Décadas, ampliamente mutilada y cubierta de lagunas la última serie titoliviana; conteniendo *los libros I al X* la narración desde los orígenes hasta la tercera guerra samnítica, el 293 a. de C.; *y del XXI al XLV* los acontecimientos desde el 218, en que tiene lugar la segunda guerra púnica, hasta el

167, en que se celebra el triunfo de Paulo Emilio y fin de la guerra macedónica.

Fuera de ésto, escasos y aislados *fragmentos* de las Historias. Uno de un centenar de líneas, descubierto en 1772 en un palimpsesto vaticano, perteneciente al libro 91, y que hace relación a la toma de Contrebia y a la guerra de Pompeyo contra Sertorio en España; un *breve fragmento* del libro 135, y otro, más breve aún y de extraordinaria mutilación, en que aparecen los nombres de Publio Léntulo Marcelino y de Quinto Metelo Crético, correspondiente al libro 98, encontrado en un palimpsesto toledano.

Exiguo número de libros, fragmentos encubiertos con las heridas del tiempo y salpicados de lamentables lagunas. Esto es—dejando a un lado los Compendios y Periochae—de que hablaré a continuación—lo único que nos resta de los *Titi Livii ab Urbe condita libri*.

LA TRADICION ESCRITA.—CODICES.—COMPENDIOS Y PERIOCHAE

Es muy probable—dice Marchessi—que en siglo VI, y ciertamente en el VII, no existiera en toda su integridad y extensión la obra histórica de Tito Livio.

No pretendo hacer un estudio detallado sino citar los más interesantes códices. En efecto; el medioevo conoció *únicamente tres décadas*, la primera, tercera y cuarta, con la laguna del libro XXXIII, descubierto en 1615 por Juan Horrión en un *códice de Bamberg* y dado a la estampa íntegramente en 1616 en Roma, Venecia y París. Es de notar la abundancia de códices, respecto a la primera Década, siendo el más antiguo el *palimpsesto de Verona*, en letra uncial, copiado cuidadosamente en el siglo IV y que abarca los libros III al VI. Es un código misceláneo. Los otros manuscritos son una recensión propuesta por Q. Aurelio Símaco, cónsul en 391 y encomendada al cuidado de Tascio Victoriano. La atendían como enmendadores Nicómaco Flaviano y Nicómaco Dexter, parientes de

Símaco. El principal representante de esta recensión, llamada Nicomachea, es el Laurenciano del siglo X al XI.

Orgullo de Bibliotecas de París y Roma son el antiquísimo *Puteano* del siglo VI, el *Colbertino* y el *Mediceo Laurentino*. Siendo de lamentar que siete folios palimpsestos del siglo V y que contenían fragmentos de los libros 27 y 29 fueran pasto de las llamas en el incendio de la Biblioteca de Turín.

En cuanto a la cuarta Década, además del código *Bambergense*, que comprende los libros 31 á 38, es fundamental el código *Moguntino*, sobre el que se rehicieron las cuidadas ediciones de Maguncia y Basilea.

Finalmente los cinco libros, conservados de la quinta Década, se publicaron en 1527, descubiertos en un código de la *Abadía benedictina de Lorsch*, proveniente de Italia, actualmente en Viena, y que remonta según la crítica paleográfica al siglo V de nuestra era.



Ahora bien, ¿cómo una obra extensa, como la nuestra, podía serpreciado tesoro de una biblioteca privada o servir de elemento formativo en la práctica de las escuelas romanas?

Ya Marcial, en el epígrama 190 del libro XIV:

*Pellibus exiguis artatur Livius ingens
quem mea non totum bibliotheca capit,*

hace suponer la existencia de un *compendio* restringido en pequeños pergaminos del voluminoso Livio, que, en su primitiva extensión no hubiera podido entrar en su biblioteca. *Compendio* que no sería aventurado afirmar sirvió de fuente a sucesivos extractos, y al que es muy probable acudieran escritores de temas históricos como Veleyo Patérculo, Valerio Máximo y Lucano.

Procedimiento que fué seguido por el epitomador *Floro* en su exaltación de las gestas romanas bajo el reinado de Adriano: que entre los siglos III y IV había de seguir *Granio Liciniano*, y que no fué

muy ajeno a *Lucio Ampelio*, cuyo *Liber memorialis*, breve noticiario astronómico, geográfico e histórico, recuerda muy de cerca las obras de Livio y Floro.



Excelente servicio, es verdad, prestaron estos epítomes y compendios; pero el investigador de cosas de Roma y amante de la obra de Livio no podrá dar un paso sin traer entre manos las *Periochae*, sumarios y en parte índices de cada uno de los libros, salvo de los 136 y 137, compilados tal vez en el siglo IV por autor desconocido, sobre la obra íntegra de Livio, y que por la única razón de seguir en el *códice Nazariano* al epítome de Floro se atribuyeron por largo tiempo a este autor. Afición compiladora tan corriente en espíritus cultivados que *Plinio el joven* en una carta a Tácito le declaraba que él—*por otium*—hacía extractos de Livio; que en un *papiro de Oxirinco* se encontraron modernamente ocho columnas de sumarios de nuestro autor; que de él proceden las listas de los cónsules del *Crbonicon de Casiodoro*, y que de allí pudo *Julio Obsequens*, en el siglo IV, tomar los materiales de su *Liber prodigiorum*, que en parte poseemos.

Códices-Compendios-Periochae. Material incompleto y único que poseemos para conocer la obra del historiador romano.

VALORACION HISTORICA DE LA OBRA DE TITO LIVIO

Muy a la ligera, y tocando superficialmente los amplísimos temas que sería necesario estudiar con seriedad para valorar históricamente la obra de Livio, he de exponer:

- 1.º Las fuentes históricas.
- 2.º Procedimiento de trabajo.
- 3.º Defectos y cualidades del escritor.

1.º FUENTES HISTORICAS

Para comprender la concepción y valor histórico de los «Ab Urbe condita libri», es de todo punto necesario ponerlos en parangón ya con la obra de *los antiguos analistas*, ya con los *historiadores* inmediatamente precedentes: César y Salustio.

A) *Analistas*.—Comienza la Historiografía en Roma el día en que algunos hombres de Estado concibe la patriótica idea de narrar las gestas heroicas de su país desde los tiempos remotos hasta llegar a su momento político. Senadores o Magistrados dieron a su obra histórica el carácter de utilidad pública.

Es el caso de Fabio Píctor, Cincio Alimento, Postumio Albino, etcétera.

Teniendo en cuenta la afirmación de Cicerón en *Pro Archia* (23) de que «*Graeca leguntur in omnibus fere gentibus, latina suis finibus, exiguis sane continentur*» escriben sus historias en griego, historias que no distaban mucho de los poemas de Nevio y Ennio: fundación de Roma, guerras intermedias; dando más amplitud a la narración a medida que más se acercaba a su época; inclinándose a ver las cosas del lado más favorable a su país. Hombres especialistas en el campo de la política y de las armas son, en no pocos casos, fuente auténtica de verdadero valor histórico.

Y como en todas las épocas y en todos los países surgen en Roma los innovadores. Y es *Catón*, quien en su hostilidad a la civilización helénica, no consentirá se confíe a una lengua extraña el recuerdo de las glorias nacionales. Modifica con el vehículo de la lengua la concepción de la Historia. Escoge hechos; pondera y co-teja y resume la Historia a grandes líneas. Su esfera de acción se extiende más allá del Aventino y del Capitolio. Investiga lejos de los límites de la provincia. Pone en contacto la Historia romana con la Universal y aparecen en el campo de la narración los hechos económicos. La Historia comienza a ampliar su concepto.

Y si que comienza a ampliar su concepto. Fanio, Calpurnio Pisón y Casio Hemina van tras una *interpretación más racionalista de los hechos*. Y si pasamos a la época de los Gracos, veremos a la Historia concretarse a hechos contemporáneos y surgirá ante nuestra vista la natural *especialización*: Habrá historiadores eruditos, autores de memorias, historiadores filósofos, historiadores literatos.

Y así Sempronio Tuditano publica la lista de los Magistrados; Licinio Macer consulta los archivos oficiales, discute tradiciones y fija fechas; Marco Emilio Scauro se justificará políticamente en su estudio autobiográfico, y Celio Antipater—uno de los más destacados predecesores de nuestro Livio—en forma moderna y elocuente nos dará una relación detallada de la segunda guerra púnica.

Al mismo tiempo que la retórica entra en el campo histórico, Aselio introducirá *la filosofía*. Indaga causas, encadena hechos y descubre consecuencias. Ya se vislumbra a lo lejos la obra de Salustio.

Entre Aselio y Salustio nos encontramos la seriedad y concisión de Claudio Quadrigario, así como entre Celio y Tito Livio aparecerá el nombre de Valerio Ancias, hombre de retórica, amigo de leyendas raras y relatos mitológicos...

Como vemos, el concepto de la Historia ha seguido un *ritmo evolutivo*: escueta narración de hechos en Fabio Píctor y Cincio Alimento; espíritu crítico y filosófico en Aselio y Quadrigario; estilo brillante y retoricismo en Celio y Valerio.

Mención aparte—por pertenecer a campo distinto del latino, pero muy digno de tener en cuenta en nuestro estudio—debemos hacer del gran historiador Polibio—un griego amigo de Roma—, quien en su historia general del mundo nos contará en cuarenta libros los hechos realizados durante los setenta y cinco años que los romanos emplearon en conquistarlo, desde el comienzo de la segunda guerra púnica hasta las conquistas de Corinto y Cartago.

B) *Historiadores inmediatamente precedentes*.—Dejemos correr los años, y en el campo de la Historiografía hará su aparición el florón espléndido de dos nombres gloriosos: *César* y *Salustio*. César: claridad, justeza, precisión. Salustio: profundidad, filosofía, veracidad.

Muy lejos de nuestro propósito detenernos en su estudio; hemos de abandonar nostálgicamente el campo haciendo resaltar con destacadísimo relieve la limitación de ambos escritores a tratar monográficamente períodos especiales, conflictos o empresas en los que estaba fija la mente de sus contemporáneos.

Y así veremos aparecer en el áureo libro de la Historia los *Commentarii de bello gallico*, los *Commentarii de bello civili*, y los estudios monográficos *De Conjuracione Catilinae* y de *Bello Jugurthino*.



Ahora bien, ¿en qué fuente bebió Livio los abundosos chorros de su documentación histórica?

Desde luego podemos afirmar categóricamente que *volvió las espaldas a la obra de sus inmediatos predecesores*, César y Salustio, y que, en consonancia con su concepción histórica, *puso sus ojos en la primitiva manera de los analistas* y con hilos entremezclados de historias y leyendas tejió artísticamente la vistosa trama de sus libros.

Y ¿qué analistas o historiadores primitivos eligió preferentemente? Difícil es contestar de manera acertada, ya que la preciosa obra griega de *Polibio*, que usa regularmente a partir del libro XXIII, y a quien copia casi palabra por palabra en el relato de las guerras entre Filipo y Antíoco y en los asuntos de Grecia, así como las producciones de *la inmensa pléyade de Analistas latinos*, no pasan de la categoría de exiguos restos. Y Livio los consultó todos, si hemos de dar crédito a sus palabras, pues en el cap. 20 del libro IV nos dice: «*Omnis ante me auctores secutus*», en el 21 del libro VII: «*Per omnium annalium monumenta*—afirma—; en el 31 del XXII «*Omnium prope annales*» y en el 6 del libro XXXII no duda en consignar «*Caeteri graeci et latini auctores, quorum quidem legi annales*».

Afirmación que en el transcurso de la obra he podido comprobar, al ver citados repetidas veces los nombres de Fabio Píctor, Cincio Alimento, Calpurnio Pisón, Celio Antipater, Claudio Quadrigario, Valerio Anzio, Licinio Macer y Elio Tuberón sin que faltara el recuerdo de los *Orígenes* catonianos en el capítulo 25 del libro XXIV. Y sin embargo, no hay que olvidar que algunos de estos analistas eran ya medianamente estimados, como consta por el testimonio de Cicerón en su libro *De legibus* y el del griego Dionisio de Halicarnaso, que en sus *Antigüedades romanas* no duda en afirmar: *Λικιννίος και Γελλιος και αλλοι συγχοι των συγγραφεων ουδεν εξηταχοτες των περι τους χρονους ακριβως.*

Al fin y al cabo estaba más en consonancia con su concepto de la Historia esta sencillez primitiva, mezcla de leyenda y de documento, que la obra meditada y calculada de César y Salustio.

2.º PROCEDIMIENTO DE TRABAJO

Me explico perfectamente que tanto Weisenborn como no pocos historiadores alemanes no hayan tenido comprensión suficiente al estudiar las *Historias* de Livio. En su concepto, escrupulosamente científico, un especialista, cultivador de esta rama de la ciencia, ha de manejar un voluminoso fichero, examinar fuentes, confrontar documentos originales, tratados, inscripciones y todo ese cortejo que modernamente acompaña a la crítica externa. Fuentes que en no pocos casos no hubiera sido difícil llegar a ellas, ya que en su torno bebían las aguas puras de la verdad histórica eruditos del tipo del Varrón y Pomponio Atico, y el contemporáneo del mismo Livio, Verrio Flaco. Pero nada de ésto turbaba el sueño del escritor paduano, pues como dice Rostagni: «*Cio que facebano gli eruditi non veniva fatto di solito dagli storici veri e propri, la cui opera, secondo il comune concetto ellenistico—ereditato e diffuso con notissime espressioni da Cicerone—doveba essere di natura essenzialmente oratoria, etica e artistica*». Esta es la clave.

Las fuentes de los antiguos historiadores latinos eran preferentemente literarias. El examen crítico consistía en la distinción y se-

lección de los testimonios divergentes y no en la discusión, que hubiera desde luego alterado el carácter literario, oratorio, ético y artístico de su producción.

Y este fué el proceder de nuestro Livio. Dejó, en general, a un lado todo el aparato crítico externo; no descifró la inscripción de la coraza de Tomumnio; se olvidó del tratado de Roma y Cartago, y no cuidó consignar el rudo himno de Livio Andrónico. No sufrirá mucho por estos baches históricos. Recogerá materiales sin excesivo escrúpulo; aceptará los testimonios concordantes, sin olvidar la verosimilitud o antigüedad; y con este abundoso bagaje, envuelto en un manto de elegancia y retórica, llenó su intento de dar a los romanos *no tanto un documento preciso de su historia, cuanto el monumento glorioso del pasado:*

3.º CUALIDADES Y DEFECTOS.—Los «*Ab Urbe condita libri*» hermanos espirituales de la *Eneida*. Concepción ciceroniana de la Historia.

Como clave de la valoración histórica que estamos estudiando, y como atenuante también, así como ponderación de las cualidades de Livio, quiero hacer resaltar estas dos ideas: *Tanto Virgilio como Tito Livio estaban dominados por el pensamiento de la Roma eterna y de la misión civilizadora de la Urbe*. Y en segundo lugar no hay que olvidar *que aún flotaba en el ambiente cultural de Roma el concepto ciceroniano de la Historia como «OPUS MAXIME ORATORIUM».*

En efecto. Ningún poeta como Virgilio elevó a su país un monumento más hermoso, ni que estuviera más en consonancia con su época. Era la hora de este poema, una de esas horas raras de la vida de un pueblo en que el ciudadano respira a pleno pulmón la soberanía de su país, altivo de pertenecer a una colectividad tan poderosa.

Y así surgió la *Eneida*: Un canto entusiasta a la grandeza de Roma eterna.

Y así surgió la obra histórica de Livio. La inspiración fundamental deriva de sentimientos patrióticos, morales y religiosos,

análogos a los que animaron la obra de Virgilio. Si el poeta mantuvo anhelaba comprender por qué virtud, por qué fuerza, por qué fatal designio Roma había llegado a ser lo más sublime del mundo, *el mismo problema* se lo planteará el escritor de Padua: ver con qué género de vida, con qué clase de hombres e instituciones civiles y militares se formó y desenvolvió un gran imperio; por qué proceso eficaz, el pueblo dominador de la tierra creció a tal punto que incluso tuvo que sufrir por el peso agobiante de tanta grandeza. (*Eo creverit ut jam magnitudine sua laboret*).

Y semejante es *la solución*. Es en el pasado; es en la vida; es en las costumbres; es en las instituciones de un ayer remoto donde hay que buscar los caracteres de la romanidad y las razones de la supremacía. Es en las —*mores patrii*—, es en la virtud romana, en los sanos principios de rectitud, laboriosidad y constancia donde hay que buscar el único secreto de la creciente grandeza.

Lleno estaba el poeta de la *Eneida* de la idea de la Roma eterna; y el pensamiento de la misión civilizadora de la Urbe domina en todo momento al *historiógrafo paduano*. *Uno* la desarrolla artísticamente cantando la venida de Eneas al Lacio. *El otro* narrando la progresiva formación del Imperio, los conflictos con los pueblos vecinos, los principios constitutivos de la romanidad...

Uno revestirá de sonoros exámetros su concepción artística. *El otro* envolverá en el amplio manto de cuidada prosa la narración de las gestas romanas.

Y tanto *Virgilio* como *Livio* tendrán siempre como norte y guía aquel mandato sublime de Anquises a sus descendientes:

*Tu regere imperio populos, Romane, memento
(Hae tibi erunt artes) pacique imponere morem,
parcere subjectis et debellare superbos.*

Atiende, oh romano, a gobernar los pueblos con tu imperio; éstas serán tus artes imponer las normas de la paz, perdonar a los vencidos y domeñar a los rebeldes. Canto épico que tendrá tonos elegíacos para muchos romanos en la hora actual.

Es verdad que la época influye poderosamente en la concepción de las obras artísticas; pero no lo es menos que tiene notable influencia en la expresión estilística de las mismas.

Y no olvidemos que aun flotaba en el ambiente romano, a la par que el renombre de los rotundos períodos ciceronianos, el contenido ideológico de sus doctrinas estéticas. Y que el Príncipe de la Oratoria romana concebía la Historia como «*Opus máxime oratorium*».

Muy lejos andaba Cicerón de la prosa seca histórico-analística, excepción hecha de la de Celio Antipater. *El historiador ideal* para él es el historiador elocuente, que hace servir los acontecimientos a la demostración de una idea, y pone sentimientos y pasiones en el relato como en un discurso; y transforma la narración en panegírico de un hombre o de un pueblo. Historiador, en fin, que hace *obra de arte*, con relatos pintorescos, retratos, metáforas, antítesis y bellos períodos. Que *embellece* la Historia, en una palabra, con todas las galas del más cuidado estilo.

Y esto es lo que pretende hacer Tito Livio. Sus Décadas son los Anales de los antiguos escritores puestos en hermoso estilo ciceroniano y acomodados al patriótico celo de Augusto. *Opus máxime oratorium*.



Ahora bien, teniendo ante la vista las ideas anteriormente expuestas, ¿qué defectos se asignan corrientemente a nuestro autor?

A tres grupos suelen reducirlos los cultivadores de la Historia literaria:

- 1) *Inexactitud histórica por fiarse en exceso de los antiguos analistas.*
- 2) *Falseamiento del tono, sacrificándolo en aras de la elocuencia.*
- 3) *Parcialidad en el juicio, en su afán de glorificación de la gens romana.*

Es verdad que se abstuvo en no pocas ocasiones de controlar y citar las fuentes que se presentaron a su alcance; que confunde

a veces los cónsules y no fija exactamente fechas y nombres; que los hechos económicos están ausentes en el transcurso de la obra; y que en el campo de la arqueología mostró en ocasiones lamentable incuria. Pero también es cierto que esta falta de exactitud material, a la que desde luego no concedió gran importancia, y que es en su mayor parte atribuible a los antiguos analistas, puede tener una atenuante pensando en la *desmesurada extensión de la obra, compuesta y publicada en partes, interrumpida a la muerte del autor, y transmitida por fuentes no siempre de verdadero crédito*.

Y si no cita constantemente los hilos que utilizó para tejer su relato, es, sin duda alguna, porque como dice Taine en su *Essai sur Tite Live*, prefirió quitar los andamiajes y máquinas que habían servido para levantar el hermoso edificio con el fin de que no fueran estorbo para admirar las líneas de la fachada de su inmortal construcción.

Es verdad que falsea el tono de la Historia, sacrificándole en aras de la elocuencia. Que Rómulo dirige a las Sabinas delicados madrigales. Que Aníbal razonando sobre la inextabilidad de las cosas humanas dedica a Escipión un discurso sobre la avaricia. Que los generales dirigen siempre a sus soldados el clásico discurso del respeto a los dioses, el recuerdo de las mujeres y niños, el interés del Estado y el honor personal. Pero no olvidemos que Livio concibió la Historia como *obra eminentemente oratoria*, y que no fué su intención hacer *labor exclusivamente científica*, sino *narrar en hermoso estilo ciceroniano los Anales de los viejos escritores*.

Es verdad, finalmente, que para nuestro autor *todos los romanos son inverosíblemente virtuosos*; que en todas partes ve caballerosidad, desinterés, moderación; que el orgullo de Coriolano no es más que —noble altivez—; la ambición de Escipión—un laudable celo patriótico—; y la crueldad de Marcelo—una cólera justa contra los enemigos de la Patria. Pero no olvidemos tampoco que *la finalidad de su Historia es hacer amar la virtud romana*, extender por doquier el *imperium populi romani*, haciendo ¡llegar a todas partes el amor y la admiración de aquella república, tan cariñosamente ensalzada en

el prefacio de su obra cuando dice: *Nulla respublica nec sanctior, nec bonis exemplis ditior fuit, nec in quam civitatem tan serae avaritia luxuria-que immigraverint.*

Centremos la obra de Livio en el campo de su concepción histórica. Coloquemos al autor en el ambiente de su época. Démos un margen discreto a su sano patriotismo, y veremos cómo quedarán desvanecidos en su mayor parte los defectos que la crítica moderna asigna a nuestro autor.

VALORACION ETICA Y ESTETICA DE LA OBRA DE TITO LIVIO

Si en el aspecto crítico encontraron fácilmente los escritores antilivianos abundosos puntos vulnerables donde centrar el blanco de sus tiros, no así en los aspectos ético y estético, campos por los que pasó a las páginas de la Historia literaria con la excelsa categoría de la obra clásica y modelo digno de imitación y estima.

Y así es ciertamente, como lo veremos, siquiera sea con la limitación impuesta por el tiempo, considerando a vuelo de pluma la obra de nuestro autor como escuela de grandeza de alma, y a continuación: *Livio escritor clásico. Elocuencia y poesía, y Lírica y épica de una Historia.*

1.º LA OBRA DE LIVIO ESCUELA DE GRANDEZA DE ALMA

Basta pasar la vista por la extensa producción de nuestro autor para darse cuenta de que toda ella está impregnada de moral patriótica. No hay manifestación de la Literatura latina que exprese como ella los sentimientos del honor, el sacrificio por el bien común, el respeto a las leyes, el amor a la sana libertad.

El mismo lo declara al poner en relieve que el gran provecho de la Historia reside en los ejemplos de moral difundidos por todos los libros: *Hoc illud est praecipue in cognitione rerum salubre ac frugiferum, omnis te exempli documenta in illustri posita monumento intueri.* Transforma a los viejos romanos revistiéndolos de una moral superior. Son más grandes y más romanos que en realidad. Nos dan

una idea más alta del destino de nuestra vida, del poder de nuestra voluntad; energía moral de que tan necesitada estaba la sociedad augustea, enervada por el gusto desmedido a los lujos y placeres.

Ya Virgilio y Horacio habían intentado poner un freno a esta licencia en el vivir. Era sin embargo, Livio el más cualificado para infundir en una raza, espiritualmente degenerada un nuevo vigor, poniendo ante la vista el recuerdo del pasado. *Es la obra de Livio una escuela de grandeza de alma.*

2.º LIVIO ESCRITOR CLASICO

Y si del aspecto ético pasamos al literario, veremos en Livio las señaladas características de *escritor clásico*.

No se trata—como afirma muy sabiamente Rene Pichón—de juzgar que los escritores augusteos sobrepasen en categoría estética a los destacados autores que le precedieron. Es dudoso que Virgilio sobrepase a Lucrecio. Livio no igualará en muchos aspectos a César y Salustio. Y ni Tibulo, con su finura espiritual, ni Horacio con su exquisita delicadeza, hacen olvidar el ardor apasionado de Catulo.

Pero sí se encuentra en los escritores de este siglo de oro ese conjunto de condiciones que en su totalidad se ha dado en llamar *clasicismo*: *Equilibrio, armonía, plenitud, madurez y perfección.*

Equilibrio que es *lógica secuela de la época*. Las dos corrientes literarias que se destacaron en las diversas horas de la Literatura latina—*predominio del elemento nacional o imitación de los autores helénicos*—tuvieron en tiempos diversos—dice el mencionado escritor—desigual importancia y estima: Ennio, Plauto, Salustio y Lucrecio no dieron categoría a los modelos griegos. Terencio y Catulo beberán, en cambio, en las cristalinas fuentes helénicas. Horacio es latino y heleno a la par, admirador y lector asiduo de la lírica griega y ferviente romano. Y la Eneida virgiliana, tan emparentada con los poemas homéricos, es profundamente nacida y criada en el Lacio.

Es el momento. El período clásico de una literatura coincide— y sigo comentando al historiador francés— con los días en que el sentimiento nacional es más fuerte. El siglo de Pericles sigue a las guerras médicas. El siglo de Luis XIV surge en la hora en que el nombre francés ejerce un prestigio universal. La época clásica española rima perfectamente con los días de grandeza del Imperio.

Y así en Roma. Se toma en serio el oficio de escritor. Ya no será solo una distracción pasajera. *Hay una finalidad—el servicio del Imperio.*—Y la Literatura toma la categoría de oficio noble, que será ocupación tanto del Emperador como de lo más selecto de la Urbe. *Hay solera de valores que precedieron.* Rafael no hubiera sido Rafael de no haber sido precedido por los cuatrocentistas. Y Tito Livio pudo aprender claridad en César, finura en Salustio y elocuencia en Cicerón. *Hay orden, paz y tranquilidad:* Y sana alegría en el vivir. Y a esta sociedad tranquila necesariamente ha de corresponder una literatura más tranquila, más equilibrada, más armónica. Y en este brillante palacio de tradición grandiosa y de apacibilidad de égloga nace y crece la clásica figura de Tito Livio.

3.º ELOCUENCIA Y POESÍA

Y este amplio contenido de la obra que estudiamos se nos presenta envuelto en un estilo que es a la par elocuencia y poesía. La narración histórica puede permitirse el lujo de ornarse con un tan espléndido atavío. Y Livio saca de sus arcones las finezas de su arte.

Ahora bien, teniendo en cuenta la concepción ciceroniana del escritor paduano ¿hubiera sido suficientemente apto el atuendo de la sencillez de César o la concisión exagerada de Salustio? Me permito afirmar que no. Era necesario un estilo, que sin abandonar la limpidez se adornase con variedad de términos, tonos y colores. Un estilo oratorio sin aires ridículos de declamación; un estilo poético sin exceso de untuoso lirismo; un estilo, en fin, ordenado y armonioso sin exceso de regularidad.

Y así es el de Livio. En sus narraciones hay junto a la densidad de pensamientos, situaciones de atrayente dramatismo, imágenes

brillantes, frases de aquilatada poesía, períodos cortados en estudiado enlace con párrafos de marcada estructura ciceroniana, con la natural subordinación de cláusulas y jerarquías de proposiciones.

Y luego los discursos. Animación y vida de la obra. De tanto esmero en la concepción como habilidad en el desenvolvimiento. Un continuo sucederse de elementos éticos y patéticos, artística expresión de sentimientos íntimos que llevarán la mente a la historia psicológica de Tácito.

Bien sabe él que la elocuencia de los personajes es su propia elocuencia. Que aquél *horridus modus dicendi* de los primitivos analistas no se compagina con la selecta y cuidada prosa que viste la oratoria de los generales al dirigirse a la plebe en las horas de la infancia del Lacio. Que ha de prestar a tribunos, senadores, embajadores y cónsules—extraño y nunca bien ponderado mérito—la frase adecuada, el período entonado con su condición política y situación momentánea. Pero, ¿por qué vamos a exigirle que rompa los cánones de la Historiografía de su época, que hubiera visto con malos ojos turbar, con la inserción de documentos, la unidad estilística y artística de la obra?

Elocuencia y poesía.—Y todo al servicio de la grandeza del Imperio.

4.º LIRICA Y EPICA DE UNA HISTORIA

Y dejó caño libre a la fuente de su lirismo para cantar en 142 libros el amor a su querida Roma. Tiene Livio el goce constante de sentirse romano. Y es la dulce tonada de las glorias de la Urbe su alimento y su descanso: *«Jam sibi satis gloriae quaesitum, et potuisse se desiderare, ni animus inquires pasceretur opere.* Nos dice por boca de Plinio.

Hace de su patria una religión y un culto. Y no es preciso pasar muchas hojas de su cuidada introducción para verle entonar fervientes laudes a la «República más grande, más santa, más rica en buenos ejemplos que haya existido, la que estuvo por más tiem-

po cerrada al lujo y sed de riquezas y fué más constante en el culto de la templanza y de la pobreza».

Romano es para él todo cuanto hay de noble, de elevado y de justo; romano el amor a la libertad, al sacrificio y a la Patria. Y romanos los triunfos, como romana la virtud de soportar los virajes de la inconstante fortuna.

Sigamos el texto y en chorro continuo veremos como es fascinación lo que siente por el Imperio de su Roma, que le hace tejer constantes coronas de laurel para ornar su frente; Imperio solo inferior al de los dioses, que nacido de orígenes humildes ha crecido a tal punto que se ve amenazado de su propia grandeza. Pueblo que forjó el imperio de las leyes, más poderoso que el de los hombres; que después de haber triunfado sobre sus vecinos amenazadores, sujetó bajo su yugo incluso a las gentes bárbaras. Pueblo príncipe por la voluntad de los dioses, sin cuyo querer no existe humana grandeza...

Lo que es para Lucrecio la naturaleza, es para Tito Livio Roma: la blanca novia de sus pensamientos, que llenará toda su vida de ilusiones y recuerdos.

Y le inspirará el canto lírico de sus «*Ab Urbe condita libri*».



Va discurriendo el canto épico de la obra que estudiamos y de nuevo nos encontramos a Salustio frente a Livio. Dos teorías distintas y dos héroes diferentes.

Releía las meditadas páginas de la Guerra Catilinaria y no pudo menos de llamarme la atención un texto de Salustio, que llevó mi mente al campo de la épica española: «*Leyendo y estudiando los hechos del pueblo romano—dice—me pregunté por qué fuerza pudo llenar tan extraordinarias empresas. «Ac mihi multa agitanti constabat paucorum civium egregiam virtutem cuncta patravisse, eoque factum uti divitias paupertas, multitudinem paucitas superaret.* Y repensándolo mucho aparecía que la singular virtud de algunos ciudadanos había realizado todo ésto

y hecho el milagro que la pobreza venciera a las riquezas y los pocos vencieran a los muchos.

Era la concepción heroica personal.

Las grandes empresas del pueblo romano se podían reducir a gestas bélicas de algunos grandes hombres, que no faltaron hasta que la disolución y la avaricia invadieron el campo del Imperio.

No será Livio quien patrocine esta doctrina de la concepción heroica personal.

Para él, el héroe es todo el pueblo: patricios y plebeyos, en tanto supieron conservar las virtudes patrias, anular las discordias y mantener la unidad. Todo el problema de la épica titoliviana se basa en la *unidad patriótica bajo el único Estado*. La concordia hizo a Roma victoriosa de Cartago, así como la discordia hizo a Cartago la nación vencida de Roma. Fenómeno, tanto hoy como ayer, sentimental y reflexivo *de gentes de buena voluntad que quieren ser unos y saben discernir cuando es absolutamente preciso que lo sean.*

Y esta patriótica teoría domina toda la obra de nuestro autor, hasta tal punto que, cuando al fin de la primera Década, en el capítulo 17 del libro IX se pregunta si Alejandro Magno hubiera podido vencer a Roma, no duda en responder que hubiera sido derrotado por los jefes y soldados de la Urbe *«modo sit perpetuus hujus, qua vivimus, pacis amor et civilis cura concordiae»* (IX-17). Con tal de que fuera permanente este amor de la paz y cuidado de la concordia en que vivimos.

Canto épico de inagotables estrofas en que el héroe no será Rodrigo Díaz, el de Vivar, ni el Conde Fernán González, sacado del arca del olvido al conmemorar el bimilenario de Castilla, ni el Abad D. Juan de Montemayor, señor de los señores del Reino, sino *todo un pueblo*, príncipe por la voluntad de los dioses y a quien los hados encomendaron el nobilísimo papel de difundir el *imperium populi romani* por los caminos de la Historia.



A grandes rasgos, y a través de las páginas de nuestro autor hemos ido viendo el ambiente histórico de la época para centrar en ella la figura del escritor paduano. Ha pasado ante nuestra vista la obra de Livio, ingente labor de una vida, y fué nuestro empeño valorarla histórica, ética y estéticamente.

Y del mismo modo que el español de Gades corrió a Roma para mostrar su admiración y entusiasmo hacia el gran historiador, así también nosotros, españoles conscientes de la categoría que en la escala de valores ocupa su obra histórica, adentrándonos en la contemplación de los «Ab Urbe condita libri» rendimos un homenaje al autor paduano, uniéndonos en espíritu al coro universal de alabanzas que las Universidades y Centros de cultura del mundo entonan al conmemorar el bimilenario de Livio, guirnaldas de laurel, que al ceñir su frente ornan de manera brillante las de Roma eterna.